

EL JUEGO DEL ASCENSOR.

Todo comenzó como un estúpido juego, pero terminó convirtiéndose en la noche más aterradora de mi vida.

Recuerdo que Yuwei nos había hablado aquella misma semana de un ritual propio de su tierra, Corea: el juego del ascensor. Nos lo explicó en la quedada que habíamos organizado aquel jueves previo al viaje de fin de curso:

—Seguro que ninguno es lo suficientemente hombre para hacerlo. Se debe llevar a cabo en un edificio de al menos diez plantas. Por lo que he comprobado por internet, el Martopía de Ibiza las tiene, por lo que durante el viaje de fin de curso será la ocasión ideal para hacerlo.

Sus palabras sonaban desconcertantes, pero supuse que terminaría por estallar bajo una descontrolada risa, tal y como solía hacer siempre. Sabía manipularnos a su antojo, valiéndose de nuestras propias inseguridades.

—Estoy convencida de que no se atreverán. Se cagarán en los pantalones. ¡Ja, ja! —afirmó Martina, de la que estaba enamorado desde el principio de curso, aunque no entendía muy bien por qué, debido a sus continuos desplantes y borderíos.

—Hugo y yo lo haremos, ¿verdad colega?

Asentí sin mucha convicción, maldiciendo que mi amigo Naím diera por supuesto cosas que jamás hubiera dicho. Él, por su parte, estaba colgado por Yuwei. Martina y ella lo sabían y se divertían con sus ridículos desafíos.

—Pero no podréis juntos, tenéis que ir por separado, ¡tortolitos! ¡Ja,ja!

—Déjate de gilipolces y danos los detalles de lo que tendremos que hacer —le exigí airado a Yuwei.

Ella resopló resignada y prosiguió:

—Está bien, seguiré... Se debe hacer a altas horas de la noche para que nadie pueda interrumpirte en el proceso. Así todos los clientes del hotel estarán descansando y el ritual saldrá a la primera. Si hubiera cualquier tipo de interrupción externa habría que empezar el procedimiento desde el principio.

—¿En Ibiza? ¿Dormir? A mí se me ocurren otras cosas mucho más interesantes para hacer—dije aproximándome peligrosamente a Martina:

—¡Échate para allá, Hugo! No seas pesado, ¡joder!

—¿Queréis que siga o no? —preguntó Yuwei con una tensa curiosidad, mientras chupaba con lujuria una piruleta de fresa con forma de corazón que le había regalado Naim, el cual comenzaba a sudar a litros por la excitación.

—¡Oh, sí! ¡Por favor! ¡Sigue con tu maldita historia! —le respondí con sarcasmo y muy enfadado, ya que no me gustaba el matiz inquietante que estaba adquiriendo su soliloquio.

—¡Pues prestad atención de una puta vez! —exclamó con la chulería que la caracterizaba —. Tendréis que tomar el ascensor a solas en el piso uno, después marcaréis el cuatro y, una vez allí, apretaréis el botón dos. Acto seguido pulsaréis el seis y después volveréis al segundo piso, y finalmente tocaréis el botón número diez. Sin previo aviso, el ascensor se detendrá en la quinta altura y allí una extraña mujer entrará en el ascensor y os hablará. No la miréis ni le habléis bajo ningún concepto. Es un espectro del inframundo que pretenderá llevaros a su terreno. Ignoradla o quedaréis atrapados bajo su oscuro influjo para siempre.

—¡Menuda chorrada! Eso no hay quien se lo crea —contestó mi amigo con cara desconcertada, pensando en que tal vez Yuwei estuviera vacilándonos.

—¿Crees que estoy de broma, imbécil? Entonces no tendrás ningún inconveniente en terminar de escucharme y de ser el primero en llevar a cabo el reto. Porque claro, si es una tontería... ¡A ver si tienes las suficientes agallas, valiente!

Por mi parte preferí guardar silencio y permanecer como mero espectador, para no desatar más la ira de Yuwei.

—¡Por supuesto! Y lo grabaré todo con mi teléfono móvil, ¡ja,ja! Así podrás ver quién es el puto amo.

—No podrás. ¿Me dejas que acabe? A ver si eres tan decidido cuando termine de contar toda la historia o, finalmente, cambias de opinión.

La atracción entre Yuwei y Naím se basaba en un continuo estado de tensión, en un perenne tira y afloja, el cual dudaba de que finalmente les pudiera llevar a buen puerto.

—En fin, cuando llegéis a esa décima planta, tendréis dos opciones, salir al exterior o permanecer dentro del ascensor. Si optáis por salir del ascensor, la mujer misteriosa os preguntará a dónde váis. Recordad que jamás debéis responder o

estaréis perdidos por toda la eternidad. Sabréis que habéis llegado a una nueva dimensión porque estaréis solos en ese pasillo, el cual estará cubierto de una densa y asfixiante negrura. Al fondo del siniestro corredor tan solo podréis vislumbrar unas extrañas luces rojas provenientes del mismo averno. Esa dimensión será más o menos violenta o peligrosa en función de la maldad que habite en vuestro interior. Quienes lo han hecho afirman que no funcionan ni los móviles ni las tablets desde el momento que aparece la mujer espectral en la planta quinta, así que olvídate de grabar nada, porque será un esfuerzo perdido.

Durante un instante se alzó entre nosotros un tenso silencio.

—¿Qué te has fumado, nena? Es la historia más extraña e ilógica que he escuchado en mi vida —le dije, atónito y algo impresionado por la fantasía desmesuradamente oscura que tenía mi compañera de clase.

Ella se acercó hasta a mí, desafiante, hasta que su cara y la mía quedaron a escasos milímetros de distancia. Por un momento temí que me daría un bofetón, pero se contuvo en el último momento.

—¡Como me vuelvas a hablar así te parto la cara! Para escapar de allí tendréis que volver en el mismo ascensor que habéis ascendido. Nada más llegar abajo tenéis que salir de él corriendo hasta que las puertas se vuelvan a cerrar. En ese momento habréis regresado a la dimensión actual. ¿Qué me decís? ¿Os atrevéis o sois unos bebés cobardes?

Martina se acercó hasta a mí, insinuante, y me dijo con voz cálida:

—Además, prometemos recompensaros. Mientras uno de vosotros esté cumpliendo con el reto, el otro podrá pasar un ratito con nosotras en la habitación y... ¿quién sabe lo que puede suceder?

—Nos atrevemos —les respondimos al unísono, poniendo nuestra mejor cara de pardillos

En el fondo ambos creíamos que Yuwei había perdido por completo la razón, que eso era una soberana memez y que las chicas estarían esperándonos en su habitación tras la puerta, riéndose a más no poder. Jamás imaginamos que lo que sucedería aquella noche marcaría nuestras vidas para siempre.

Habíamos llegado aquella misma mañana a Ibiza. El Martopía era un majestuoso hotel de cuatro estrellas y doce plantas. Por fortuna, nuestra habitación y la de las chicas eran contiguas, situadas en el octavo piso. Las vistas desde la habitación al Puerto de Ibiza eran propias de una película estadounidense: el mar en calma bañado por un sol radiante, los diferentes barcos y yates de cruceros atracados de los cuales los turistas bajaban como hormiguitas en plena faena, las terrazas de las cafeterías repletas de un trepidante y mágico bullicio... Era algo sencillamente impresionante y más para alguien como yo, que hasta aquel viaje apenas había salido de Tarazona de la Mancha, mi pueblo natal en la provincia de Albacete.

El primer día lo pasamos jugando en la piscina del hotel, la cual tenía un enorme tobogán en zigzag como el que había en los parques acuáticos. Yuwei y Naim habían bajado el listón de hostilidad y habían pasado a darse besos y arrumacos desde que habíamos embarcado en el puerto de Denia. Martina era más distante, aunque en ocasiones parecía desnudarme con la mirada. Era como la protagonista femenina de una película de James Bond: siempre iba perfectamente arreglada y sabía utilizar muy bien sus armas de mujer, a pesar de que todavía le faltaba un mes para cumplir la mayoría de edad. Era la más pequeña de la pandilla y también la chica más hermosa del universo, o al menos eso pensaba en aquel inicio de verano del año dos mil diez.

Después de cenar acordamos vernos en la habitación de las chicas a medianoche. Naim y yo nos habíamos puesto nuestras mejores camisas y yo le presté el perfume que le había robado a mi padre antes de venirme de vacaciones. Estábamos llenos de emoción ante nuestra primera noche como adultos.

—Esta noche mojamos, tío.

—Ya ves... ¡Va a ser nuestra noche! Solo tenemos que hacer esa estupidez de juego y luego ya serán nuestras, ¡ja,ja!

En apenas unos instantes llamamos a la habitación 801 y las chicas nos abrieron con unos pequeños camisones y unas copas en la mano.

—Pasad, pasad... Tomad, estas son para vosotros. ¡Las vais a necesitar!
—nos dijo Martina con su característica voz seductora.

—¿Quién va a ser el primer valiente?

Ambos decidimos jugar a cara o cruz quién sería el primero en realizar todo el procedimiento del ascensor. Afortunadamente aquella noche yo tenía la suerte de cara.

—Joder, Hugo, ¡qué potra tienes siempre! ¡Maldita sea!

En sus ojos pude ver cierto matiz de desasosiego, pero no le di la mayor importancia. Calculé que, como mucho, en unos treinta minutos estaría de regreso en la habitación y sería mi turno y, en poco más de una hora, disfrutaríamos de la mejor noche de nuestras vidas.

Así que, Naím, algo achispado después de haberse terminado su ron con cola en apenas un trago, hizo un saludo militar entre risas y se encaminó hacia los ascensores.

—Oye, lleva mucho cuidado, ¿vale? —le dijo Yuwei.

Su actitud me pareció de lo más surrealista, ya que era ella la que nos estaba metiendo en aquel fregado.

—Uy, ¡qué romántico! Ya se preocupa por él... —respondí de manera irónica.

—¿Nadie te ha dicho nunca que eres un poquito gilipollas?

Era evidente que entre Yuwei y yo tan solo había hostilidad y lo único que nos unía era mi amigo, el cual había perdido la cabeza por completo por ella. Cuando él entró en el ascensor, los tres regresamos al interior de la habitación y nos servimos una nueva copa de ron.

Martina y yo, movidos por la desinhibición que nos otorgaba el alcohol, comenzamos a regalarnos nuestros primeros besos. Nos tumbamos en la cama uno sobre el otro y deseé que el tiempo se detuviera. Por su parte, Yuwei se asomó a la terraza, con semblante serio.

No fuimos conscientes del tiempo transcurrido hasta que ella regresó a la habitación.

—¿Alguien ha sabido algo de Naim? Le he llamado al teléfono móvil y no me lo coge. Hace casi dos horas que salió a los ascensores y no sé por qué cojones no ha vuelto todavía.

—Lo mismo está en la otra dimensión. Habrá vuelto a casa, porque siempre fue de otro planeta —respondió Martina entre risas.

—Lo conozco muy bien y lo más probable es que ahora mismo esté en algún pub cercano, partiéndose el culo por estar pagándonos con la misma moneda.

Intenté atemperar los ánimos, pero fue en vano. El rostro de Yuwei reflejaba una profunda angustia. Se detuvo un instante, parecía que quería romper a llorar. En cambio, respiró hondo y continuó explicándonos:

—A ver, tal vez no os lo creáis pero el rito del ascensor es algo real, hay muchos testimonios de gente que lo ha hecho y recomiendan no llevarlo a cabo, ya que puede ser muy peligroso. Sé que aquí en occidente es algo que no es conocido, pero en Corea es algo que sabe todo el mundo. Si Naím ha sucumbido a los influjos del espectro de la mujer de la quinta planta, puede que esté atrapado y tendríamos que ir a buscarle. Puede correr un grave peligro. ¡Debemos ayudarle!

Sus palabras sonaban dramáticas y desesperadas y me harté de aguantar sus tonterías. Además, si estaba actuando, ya era hora de que alguien le parara los pies.

—Me tienes ya más que hartos con tus estúpidos cuentos de miedo. No sé qué mierda te pasa ni a qué cojones estás jugando, pero no voy a pasar más por tus tonterías. En primer lugar, porque no hay una combinación posible en el ascensor para que se pueda contactar con el inframundo. En segundo lugar, no creo ni jamás creeré en leyendas urbanas y, tercero, para ya con tus historias, que dan mal rollo, ¡joder!

Martina me miró desconcertada, sorprendida de que tuviera tan mal genio, como si en ningún momento se lo hubiese podido imaginar. Pero estaba algo sobrepasado por el matiz tan absurdo y oscuro que había adquirido la situación.

—La historia es real. ¿Dónde coño está Naím ahora, listillo? Debemos sacarle de dondequiera que esté y, si nadie quiere ir, iré yo misma.

—¡Déjalo! Ya la has liado bastante. Iré yo. Seguro que el muy cretino estará escondido por algún rincón, meándose de la risa por nuestra preocupación.

—Quizás lo mejor sea que llamemos a la policía... —murmuró Yuwei, rota por la excelsa desazón.

—¡Sí, claro! ¿Y qué se supone que le vamos a decir? «Señor agente, nos ha dado por hacer el gilipollas esta noche y ahora no sé dónde se esconde mi colega y les hemos avisado porque en el fondo somos unos acojonados» —dije de manera

histriónica —¡Vete a la mierda, Yuwei! ¿Me oyes? ¡A la mierda! —exclamé finalmente mientras Martina me observaba enmudecida, con resignación.

Salí de la habitación dando un sonoro portazo. Por un momento me detuve y miré a mi alrededor, pensando en que pronto escucharía las risotadas de mi amigo, pero tan solo pude escuchar un silencio ensordecedor que me erizaba la piel. Me encaminé hacia las escaleras y saqué del bolsillo trasero de mis vaqueros una pequeña chuleta que había preparado con la ayuda de la propia Yuwei, durante el trayecto en barco, con los pasos que tenía que dar si quería llevar a cabo el puñetero rito coreano.

Bajé por las escaleras hasta el primer piso, buscando en cada rellano alguna pista sobre el paradero de Naím, pero no encontré ninguna señal que me condujera hasta él.

Cuando estuve en el primer piso y la puerta de uno de los ascensores centrales se abrió, dudé por un momento si subir o no. «¿Y si Yuwei tiene razón? ¿Y si el rito es real?», me gritaba mi subconsciente traicionero. Sin duda, la poderosa sugestión de mi compañera estaba dando sus frutos en mí, a pesar de que había permanecido escéptico a sus teorías rocambolescas desde el principio.

Así que, sin pensármelo dos veces, hice acopio de todo el aire que me fue posible en mis pulmones y me introduje en el ascensor. Marqué el piso número cuatro, luego el segundo y después el botón seis. Recuerdo que mi corazón latía a mil por hora y parecía que se me saldría finalmente por la boca. De nuevo regresé a la segunda altura. Por último pulsé el número diez.

Cuando el ascensor se detuvo en el quinto piso, casi sufrí un desmayo. Temí que finalmente la siniestra profecía de Yuwei se cumpliera.

—¿Pero qué cojones...?

Ninguna puerta se abrió sino que el habitáculo quedó por completo a oscuras, tan solo iluminado por una pequeña luz amarillenta de emergencia. Cuando me giré hacia el espejo que había a mi espalda, no pude creer lo que vi: al otro lado del cristal estaba mi compañero, pero ya no era el de siempre. Parecía que le hubieran echado un cubo de sangre por encima.

—¡No! ¡Joder! ¡No! —grité con todas mis fuerzas.

—¡Hugo, sácame de aquí! ¡Sácame de aquí, joder! ¡Ayúdame!

—¡Naím! ¿Cómo demonios has llegado hasta ahí? ¡Naím! ¡Joder!

—¡No sé! He visto a la extraña mujer. Creo que fue ella la que me hizo esto.
¡Tienes que ayudarme! ¡Te lo suplico!

Entonces recordé las palabras de Yuwei, con las que nos recalca que en ningún momento debíamos dejarnos arrastrar por el influjo de aquel ser del más allá.

De súbito, grité con todas mis fuerzas cuando la luz de emergencia comenzó a fallar. Solo era un pequeño tubo fluorescente cuya vida útil estaba tocando a su fin, pero en cada flash mi corazón se encogía.

En uno de esos instantes en los que Naím golpeaba con el cristal implorando que hiciera algo por él, una extraña imagen apareció a su espalda. Era una mujer envuelta en una gran túnica negra, de una talla mucho más grande de la que le correspondería, porque debido a sus pómulos huesudos era prácticamente un cadáver en posición vertical.

—¿A qué piso vais, jovencitos? —dijo con una voz propia de una bruja de cuento.

Entonces supe que todo estaba perdido para Naim, pero aún tenía una oportunidad para salvar mi vida. Miré fijamente a los ojos de mi amigo y, con el alma rota, murmuré:

—Lo siento... Perdóname, tío... —. Y me giré de nuevo hacia la puerta del ascensor.

Tenía la absoluta certeza de que si seguía mirando hacia el espejo, muy pronto yo también estaría al otro lado. .

Tal y como dijo Yuwei, ignoré sus palabras. A mi espalda, no paraba de decirme con su voz espectral:

—Vamos, muchacho. A este lado puedes ser el rey. Todas las chicas comerán de tu mano. Ven conmigo, guapo.

Me tapé los ojos con una mano y con la otra pulsaba compulsivamente todos los botones del ascensor, intentado a la desesperada que la cabina se moviera. En mi mente me gritaba: «¡No eres real! ¡No eres real!!», mientras podía sentir su aliento putrefacto sobre mi nuca. Finalmente el ascensor reanudó su trayectoria, aunque con extrema lentitud.

Un Naím totalmente enloquecido trataba de volver a acaparar mi atención, sin éxito. La cabina se tambaleaba en su ascenso y, por un momento temí que se descolgara y cayera al vacío. Incluso, por un momento, deseé que así sucediera. Prefería morir si así ponía fin de manera definitiva a aquella horripilante situación. No fue así y finalmente alcancé el piso décimo, pero las puertas tampoco se abrieron. Acto seguido, los gritos de Naím pararon y la voz de ultratumba de la mujer se esfumó, al menos momentáneamente.

—Bienvenido a mi mundo, muchacho —dijo otra voz que me resultaba familiar a mi espalda.

Era la voz de mi padre, al cual había tenido que matar cinco años atrás justo en el momento en el que intentaba acabar con la vida de mi madre. Mi progenitor la había mandado varias veces al hospital por las tremendas palizas que le daba. Aquella noche había vuelto borracho del bar al que había ido después del trabajo. Por su parte, mi madre había pasado la tarde hablando en la cocina con tía Alicia, su hermana mayor, sobre la posibilidad de divorciarse. Yo lo había escuchado todo escondido desde detrás de la puerta aunque, en el fondo, creo que ellas también querían que me enterase de toda su conversación.

Cuando mi padre regresó a casa y se encontró con Alicia, después de su expresa prohibición para que no entrara en nuestro domicilio, no dijo nada pero sus ojos hablaban por sí solos: la odiaba con todas sus fuerzas porque la consideraba una mala influencia para mi madre.

En un primer momento mi tía se negó a marcharse, porque dejaría sola a mi madre frente a las garras de aquella bestia que le estaba destrozando la vida. En cambio, mi progenitora le imploró que se fuera, diciéndole que a ella no le iba a pasar nada, que más tarde la llamaría. Sabía que se le avecinaba la tormenta perfecta y no quería que el monstruo de mi padre la agrediera. Mi tía, desconcertada, finalmente se marchó, murmurándome al pasar por mi lado:

—Voy a irme al bar de al lado porque esto no me da buena espina. Si me necesitas, estaré cerca.

—Gracias tía.

Días atrás había descubierto dónde escondía mi padre el arma que usaba para cazar y estaba decidido a usarla si era necesario. Fui hasta el altillo y cogí la

llave que abría el candado de la caja en la que guardaba su rifle de caza. Muy pronto mi madre comenzó a chillar con todas sus fuerzas y se oyeron varios golpes y estruendos.

Fui corriendo hasta el dormitorio de mis padres, donde solía apalizarla y en cuya puerta había puesto sendas cerraduras para que yo no pudiera acudir en su ayuda hasta que él lo estimara oportuno. Esta vez llegué a tiempo antes de que cerrara la puerta y vi a mi madre yaciendo en el suelo ensangrentada mientras mi padre la agarraba del pelo. Rifle en mano le grité:

—¡Suéltala, maldito cabronazo! ¡Suéltala o te juro que te mato!

—Papá y mamá van a hacer cosas de mayores. ¡Largo de aquí, cretino!

—Hugo, hijo, no lo hagas. Él no es malo... —dijo ella entre sollozos.

Mi padre dio un paso hacia mí, desatando mi furia, por lo que le descerrajé dos tiros en la cabeza. El primero le arrancó la oreja izquierda pero el segundo impactó de lleno en su sien, fulminándolo. Aquel día puse fin a tantas denuncias que caían en saco roto, porque mi padre era un encantador de serpientes y siempre convencía a mi madre para que volviera con él.

En varios minutos apareció mi tía y algunos vecinos que jamás estuvieron cuando más falta nos hacía.

—¡Oh, Dios mío! —me dijo mientras me abrazaba y trataba de ayudar a mi madre.

Mi tía Alicia intentó cargarse con el muerto, pero no podía permitir que se inculpara de algo que no había cometido, solo por protegerme. No permitiría que más vidas quedaran destrozadas por culpa de mi padre. La ambulancia también llegó en escasos minutos, acompañados de la policía local. A mi madre se la llevaron al hospital y a mí a comisaría. Varios meses después se celebró el juicio y, al ser menor de edad, me condenaron a dos años de internamiento en un centro de menores por culpa de mi conducta agresiva, lo que me pareció una cruel ironía del destino. Lo cierto es que nunca he sentido el menor signo de arrepentimiento por aquello, ya que había acabado con el monstruo de manera definitiva, o al menos eso creía.

Me giré lentamente hacia el espejo del ascensor y pude ver a mi padre, el cual estaba igual que la última vez que le vi. A pesar de no tener la oreja izquierda y que desde el agujero en su sien sangraba a borbotones como si fuera un volcán, conservaba su prepotencia y altanería intactas. Una maquiavélica sonrisa se dibujó de nuevo en sus labios al tenerme de nuevo frente a frente.

—Ven con papá.... —murmuró aquella bestia inmunda que era mi padre.

De repente se abrió la puerta y salí del ascensor atropelladamente, pero a mi alrededor tan solo había una densa oscuridad, que no me permitía ver nada ni apenas respirar.

Recordé las instrucciones de Yuwei: «Para volver a la dimensión correcta debéis regresar al mismo ascensor en el que habéis ascendido y repetir todo el procedimiento. Solo que cuando pulséis el ascensor para la planta diez, os devolverá a la primera planta». Me estremecí al pensar que debía de regresar a aquel pequeño averno, pero no me quedaba otra opción, así que pulsé el botón. Cuando se abrió de nuevo, la luz había vuelto al interior y aparentemente no había nada allí dentro.

De manera temblorosa pulsé cada botón de -aquel rito demoníaco, hasta que llegué al piso de abajo. Salí corriendo a toda prisa y un guardia de seguridad me persiguió, alertado al verme tan fuera de mí. Me inmovilizó al llegar a la esquina, mientras varios turistas extranjeros, al ver la escena, se dedicaron a hacernos fotos. Poco después llegaron a la zona varios coches patrulla y una ambulancia.

Sin pensármelo dos veces, conté todo lo ocurrido a las autoridades, mientras me miraban con cara de póker. Para los agentes la narración de lo sucedido les debió de parecer una película de ciencia ficción. Nunca encontraron el cuerpo de Naím y el parte policial dictaminó que yo había dado positivo en psicotrópicos y en varias drogas de diseño de las cuales no había oído hablar en mi vida. Llegué a pensar que habían sido disueltas en las copas que nos habían servido Yuwei y Martina, pero después de registrar también su habitación, la policía no encontró ninguna prueba al respecto. Después de lo ocurrido no intentamos ningún tipo de acercamiento entre nosotros, ni tan siquiera para consolarnos por la pérdida de nuestro amigo. Supongo que tan solo intentamos huir de aquella pesadilla que nos arrancó de cuajo al pobre Naím de nuestras vidas.

Nadie sabe que todavía no he podido escapar de aquel hotel. Aún hoy durante cada noche escucho los gritos de mi amigo pidiéndome ayuda, mientras huyo como una rata miserable. Los somníferos me apaciguan momentáneamente, otorgándome una tregua en esta infame desazón. Pero hay algo de mí que se quedó atrapado en aquel ascensor en el que ascendí a mi propio infierno personal para siempre.